

XIV.

Investigaciones inútiles.

Jacobo Merey atravesó la Francia con la misma velocidad que anteriormente, pero al llegar á Kaiserslautern, en lugar de seguir por el camino de Champaña, por Santa Menehould, tomó el de Lorena, por Nancy.

Se dirigió directamente á Burges.

Al apearse en la fonda de la Posta se informó si conocían á una señorita de Charelet, ex-canonesa.

El administrador de Correos se acercó y le dijo:

—Ciudadano, conocemos mucho á la persona que decís, pero ya no esta en Burges.

El 10 de Octubre se habia dado un decreto para que el nombre de *ciudadano* y *ciudadana* sustituyera al de *señora* y *señor*.

—¿Desde cuándo no está aquí la señorita de Charelet? preguntó angustiado Jacobo Merey.

—¿Deseais saberlo positivamente?

—Sí, ciudadano; solo por verla he salvado cuatrocientas leguas.

—Pues consultaré mi libro.

El administrador entró en la oficina, abrió el registro y gritó:

—Salió el 23 á las cuatro de la tarde.

—¿Sola ó acompañada?

—Con su sobrina, muy enferma, segun decian, y una doncella.

—¿Estais seguro que eran tres?

—Ciertamente; tanto, que les hice la observacion que podian poner solo dos caballos al carruaje y dar la mitad por el otro, es decir, pagarlo, como se dice entre nosotros, en el aire, á lo cual me contestó la canonesa: «Poned tres ó cuatro, los que se necesiten,

porque tenemos prisa.» Les puse entonces tres caballos y partieron.

—¿Para dónde?

—No sé nada más.

—Debeis saberlo.

—¿Cómo?

—Me figuro que sin ver el pasaporte no les habreis dado caballos.

—Sí, llevaban su pasaporte: pero para qué punto, eso es lo que no recuerdo.

—Seria peligroso para vos el no saberlo, dijo gravemente Jacobo Merey.

—Si tanto os interesa saberlo, podeis dirigiros al Gobierno civil, que es á donde lo han expedido.

—Es verdad, contestó Jacobo Merey: y como no tenia tiempo que perder, gritó:

—Al Gobierno civil.

El postillon salió á galope y á galope entró en el patio de la prefectura.

El doctor saltó de la silla de postas al suelo calculando que con el gobernador necesitaba tener más etiqueta que con el administrador del Correo.

Tomó la carta del ministro Garat, en la cual le comisionaba para identificar la persona del señor de Charelet, y entró en el gabinete del gobernador.

—Ciudadano prefecto, le dijo; el ministro de Justicia me ha encargado, como vereis por esta orden, que haga constar la identidad del ex-señor de Charelet, fusilado en Mayenza el 20 del actual. Acabo de llegar de Mayenza, y he cumplido mi encargo; pero no se limitaba solo á esto, sino que era extensivo á los demás individuos de la familia, su hermana y su hija, que vivian en Burges.

—Pero que ya no viven, puesto que salieron de aquí el 24 de este mes.

—¿Y á dónde han ido?

—No podré indicaros un punto fijo; el pasaporte fué pedido para Alemania.

—¿Sin designar la poblacion?

—Sin designarla. Expedí el pasaporte en virtud de un certificado del médico, en el que manifestaba que la jóven señorita de Charelet necesitaba tomar las aguas de Alemania.

—¿Y quién es el médico de esa señora?

—Uno excelente y buen patriota; el ciudadano Dupin.

—¿Tendreis la bondad de indicarme en dónde vive?

—Cerca de aquí; en la calle del Arzobispado.

Jacobo Merey saludó y se hizo conducir en casa del médico.

Allí se renovó el mismo interrogatorio, y dió el idéntico resultado; pero instado por Jacobo, dijo creia recordar que habia indicado las aguas de Baden ó Wiesbaden.

Jacobo tenia todavía que asegurarse de una cosa, si en la casa habia quedado alguna persona que pudiera darle la noticia que deseaba.

El postillon le indicó á Jacobo que si continuaban de aquel modo tendrian tiempo doble, cosa prohibida por el reglamento.

Conociendo lo razonable de esta observacion, se dirigió á la fonda de la Posta.

Allí se informó de las señas de la casa que habia ocupado Eva. Era en la calle del Priorato, número 23.

Acompañado por un pilluelo mandadero de la fonda, se encaminó á la casa, la cual estaba herméticamente cerrada.

Llamaron á las puertas y ventanas, pero permanecieron cerradas.

Una vecina se asomó y repitió á Jacobo lo que este sabia, que el 24 á las cuatro de la tarde, habian marchado aquellas señoras.

Todo habia quedado cerrado, y todas las llaves se las habia llevado la canonesa; y cuando la preguntaron si pensaba volver pronto, contestó que iba á Alemania á reunirse con su hermano y que ignoraba si marchaba para siempre.

Por la fecha de su salida de Burges comprendió Jacobo que nada sabian de la muerte del señor de Charelet.

¿Qué habria sido de la carta escrita en la hora suprema de su ejecucion?

En aquel instante pasaba el cartero.

Jacobo Merey le llamó.

—Decidme, amigo, le dijo; ¿la señorita de Charelet os ha dicho á dónde se la debian enviar las cartas?

—No señor; contestó el cartero.

—¿Y despues de su marcha no han recibido una?

—No la han recibido, puesto que no estaban aquí.

—Gracias por haberme hecho comprender que decia una tontería; ¿pero qué has hecho de la carta?

—Como venia franca, la he deslizado por debajo de la puerta: cuando vuelvan ahí la encontrarán.

Jacobo hizo un movimiento de impaciencia, que no pasó desapercibido para el cartero.

—¿Por qué franquean las cartas? Estando franqueadas no se ocupa el Correo de ellas.

Y el cartero continuó su camino, envanecido de haber elogiado de aquel modo á la Administracion de Correos.

El pilluelo se tendió en el suelo y miró por debajo de la puerta.

—Calla, veo la carta, y nada seria tan fácil como sacarla.

—Esa carta, dijo Jacobo Merey despues de haber reflexionado un momento, no es para mí; por consiguiente, no tengo derecho para leerla.

Y volviéndose á la fonda dió seis francos al muchacho y pidió la comida.

Una idea surgió en su cerebro mientras comia.

El juvenil mandadero, al recibir los seis francos, creyó deber suyo permanecer todo el dia al servicio del viajero; así es que le aguardó gorra en mano á la puerta del comedor.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Jacobo.

—Francisco, para serviros, señor.

—Vete á buscar al postillon que condujo el 24 á las señoras de Charelet.

—Yo le conozco; es Pierrot.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo; y la prueba es que me dió un latigazo porque me

puse á comer una ciruela que se habia caido de la cesta de Juana, la doncella.

Jacobo recordó que en una de las cartas de la canonesa esta daba el nombre de Juana á la doncella de Eva.

—Pues bien; vete á buscar á Pierrot.

El postillon se presentó al momento, demostrando con su actividad que Francisco le habia hablado de la generosidad del viajero.

El postillon tenia el semblante risueño.

—¿Eres tú quien condujo el 24 de Octubre último, á las cuatro de la tarde, la silla de posta de las señoras de Charelet?

—Las señoras de Charelet... esperad, dijo Pierrot: una vieja con aire de religiosa, una camarera y una jóven que parecia estar enferma, ¿es eso?

—Sí, eso es.

—Recuerda que me diste un latigazo, dijo Francisco.

—No me acuerdo.

—¡Ah! pues á mí no se me olvida tan fácil.

—Sí, debo ser yo, debo ser yo; repuso Pierrot pasando por su boca la manga de su chaqueta, movimiento familiar en los naturales del Berri.

—¿Entonces recordarás tomaron el camino de Dijon?

—¡Oh! no, de ningun modo.

—Pues entonces, el de Auxerre.

—Tampoco, replicó Pierrot moviendo la cabeza; ¡ah! no lo sabeis.

—¿Cómo que no lo sé?

—No; por más que no sea mi intencion desmentiros; pero como me preguntais la verdad, preciso es que la diga.

—No me contrariais; al contrario, me hareis un gran servicio indicándome el verdadero camino que han tomado. Me es preciso encontrarlas para un asunto de la mayor importancia.

—¡Ah! pues entonces no será por el camino ni de Dijon ni de Auxerre por el que debeis ir.

—¿Por cuál entonces?

—Por el opuesto completamente; por Chateauroux.

Una ideal uminosa pasó por la imaginacion de Jacobo.

—¡Ah! exclamó; han ido al castillo de Charelet. Que enganchen, que enganchen al momento.

—Bueno, ahora me toca á mí; contestó el postillon.

Y corrió al patio. Francisco salió en pos de él. Un cuarto de hora despues los caballos estaban dispuestos y Pierrot esperaba sentado en el pescante.

Jacobo Merey pagó el gasto y buscó, aunque inútilmente, al muchacho para darle la vuelta que le habia entregado el fondista.

El coche partió á galope; otra prueba más de que Francisco no habia guardado el secreto de la liberalidad de Jacobo.

Pero al salir de la poblacion vió el doctor al mandadero aguardándole en medio del camino, con una carta en la mano.

A las repetidas señas que hacia, detuvo Pierrot la silla.

El muchacho saltó al estribo.

—¿Qué hay? preguntó Jacobo.

—Sucede que, puesto que vais en busca de la señorita de Charelet, vale más que la lleveis su carta que no dejarla debajo de la puerta; de ese modo la recibirá más pronto.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que es esta; añadió dando la carta á Jacobo y saltando al suelo, gritándole á Pierrot:

—¡Arrea, postillon!

Jacobo reflexionó en que lo dicho por el muchacho era lógico, y que, segun toda probabilidad, la carta que le habia entregado Francisco contenia la última voluntad del padre de Eva, y que dejándola en donde estaba, el viento y la lluvia la pondrian en un estado incapaz para leerla; que más valia fuese él su depositario fiel, y que la conservaria intacta hasta que pudiera entregársela á una de las dos personas que tenian derecho de abrirla; á Eva, ó á la canonesa.

El resultado de estas reflexiones fué guardarla en un secreto de su cartera.

—¡Ah! exclamó; han ido al castillo de Charelet. Que engancharon el carruaje.

—Bueno, ahora me toca á mí. XX.

Y corrió al gallo. Francisco salió en pos de él. Un cuarto de hora despues los caballos estaban dispuestos y el carruaje se puso en marcha.

La casa vacía.

Jacobo Merrey no se había engañado. La hermana del señor de Charelet había ido á Argenton, y como era imposible ir hasta el castillo en silla de posta, había alquilado tres caballos en la única posada que en la villa existía, y despues tres hombres habían conducido al paso las tres cabalgaduras.

Las dos señoras y la doncella pasaron una noche en el castillo, y volvieron á la ciudad al dia siguiente.

Hicieron enganchar de nuevo la silla de posta y partieron por el camino de la Châtre, San Amand, Autun, Borgoña, etc., etc.

De modo que como la canonesa llevaba cinco dias de adelanto y que no habiendo recibido la postrera carta de su hermano, en la que le anunciaba iba á ser ejecutado, obedecía á la penúltima orden de que fuera á reunirse con él, como las aguas de Baden y Wiesbaden no eran más que un pretexto para que las tres fugitivas pasaran la frontera alemana, Jacobo Merrey, comprendiendo que no podría alcanzarla, estenuado por un viaje de seiscientas leguas, se decidió á descansar en su casa, conocida largo tiempo hacia con el nombre de la *la casa misteriosa* y que para él era *la casa vacía*.

Hacia más de dos meses que había salido de ella.

Al ruido del carruaje, que se detenía delante de la puerta, se presentó la anciana Marta, quien lanzó un grito de júbilo.

Creía que jamás volvería á ver á su amo.

Cuando Jacobo Merrey oyó cerrarse la puerta, y se encontró al pié de la escalera, no supo á dónde dirigirse, porque sus recuerdos le llamaban hácia diferentes sitios de la casa.

En su memoria se representaron con todos sus detalles aquellos siete años, y le parecia que habían pasado con la rapidez de un dia.

Veía á Eva desde el momento en que, como una masa informe, como un sér imperfecto, se presentó rodando sobre la alfombra á los atónitos ojos de Marta, hasta el doloroso instante en que tan cruelmente la arrancó de sus brazos aquel hombre á quien algun tiempo despues habían arrebatado la vida de una manera tambien tan cruel é inhumana.

Eva no habitaba la casa, pero vagaba en ella como una sombra invisible, sí, pero perceptible sin embargo en aquellos sitios en que había vivido.

Todo se encontraba en el mismo estado que lo había dejado Jacobo Merrey.

Primero subió á la habitacion de Eva, y vió la cuna en donde había permanecido desde los siete hasta los diez años, es decir, aquella época vegetativa de su vida, durante la cual, crisálida de amor, lucharon la belleza y la inteligencia contra la fealdad y la nada. Despues entró en el cuarto que más tarde habitó la jóven, en donde delante del espejo mágico había empezado á recoger y extender sus hermosos cabellos, á cimbrear su talle de junco, modelado como esos hermosos bustos de Juan Goujon, los que sostienen con sus brazos lindas canastillas y que el cuerpo se vela y diviniza entre el ropaje.

Desde allí se dirigió á su laboratorio. El órgano permanecía abierto y mudo. Recordó el dia en que á consecuencia de una conmocion eléctrica que la envolvió con su vivificante flúido, había ido Eva hasta el piano, y con asombro suyo tocó los compases de una música escuchada el dia anterior, no con maestría, pero con bastante expresion.

Allí estaban los libros que habían recorrido sus ojos, y cuando se acercó al armario, el gato, poco domesticado, saltó por la ventana por donde tenía costumbre de huir.

Sobre las sillas se veían mezclados y confundidos los libros en que Eva aprendió la química, la astronomía y la botánica; el último que ella había tocado permanecía abierto.

No creo haya un sitio bajo la inmensa bóveda del cielo en donde se encuentre una melancolía más dulce, reminiscencia del pasado, que en el aposento habitado, animado, vivificado por una jóven de quince años y abandonado por la ausencia ó por la muerte.

Su esencia juvenil se ha trasmitido á todo; su aliento, las emanaciones de su persona crean una atmósfera que enamora antes de que se conozca el amor.

¡Qué será cuando se comprenda!

Con los brazos extendidos, porque un velo cubría sus ojos, no viéndola á través de aquel vapor, que parecia ocultar á una diosa como la nube de Virgilio, Jacobo Merrey se dirigió al órgano y maquinalmente dejó caer sus manos sobre el teclado.

Una sonora vibracion se escapó del divino instrumento, y durante diez minutos Jacobo Merrey solo pudo obtener algunas armonías, porque enmedio de ellas, un lamento, un gemido hacia brotar una lágrima que caía en el corazon, despertando la misma sensacion que en una sombría cueva el ruido de una gota de agua cayendo en un pilon de cristal.

Al cabo de algunos segundos, aquella melodiosa queja tomó el nombre de Eva, y apenas Jacobo Merrey le pronunció tres veces, no pudo soportar aquel dolor, siempre en aumento, y rompió en sollozos.

El doctor se lanzó fuera del laboratorio sin haber mirado sus aparatos de química.

Cristales con polvo de mercurio, retortas inútiles y olvidadas, pesos y medidas cubiertas de cardenillo, tarros en donde el carbono puro empezaba á trasformarse en diamante, todo quedó olvidado.

El nombre de Eva era el toque fúnebre que hundía en la tumba todos los ensueños que en la ciencia habia acariciado, y como Ixion, la nube de la cual brotó el fabuloso pueblo de los centauros.

En tres saltos salvó la escalera y se encontró en el jardin.

No eran ménos vivos allí los recuerdos, ménos tiernos ni en menor número, y por consiguiente, tambien dolorosos.

El arroyo, en el cual bebiendo se miró Eva por primera vez; el emparrado bajo del que oía cantar al ruiseñor hasta la madrugada;

el árbol de la ciencia, en donde al coger una manzana se apercibió de su desnudez y se ruborizó de vergüenza.

Jacobo Merrey andaba del arroyo al emparrado, del emparrado de los tilos al árbol de la ciencia, repitiéndose que su esperanza era insensata, pero esperando sin embargo que por entre algun zarzal ó por una calle de árboles apareciese la jóven.

Pero sobre todo creció de pronto su emocion al acercarse á la gruta. Allí, arrullado por el murmullo del manantial, el que con el arroyo que brotaba al pié del árbol de la ciencia alimentaba el riachuelo del jardin, apoyado en la roca cubierta de musgo, habia escuchado por primera vez un *te amo*, de la boca de Eva.

Aquella voz querida, aquel melodioso acento que penetraba hasta lo profundo del alma, aquella palabra para la cual han escogido todos los idiomas las vocales más dulces, los consonantes más eufónicos, ¿estaria ya vedada para él?

¿Sólo para él no existiria ya la primavera, el sol, el amor?

¡Qué error tan grande habia padecido al creer que lanzado en los solemnes debates de la tribuna que levantaban y derrocaban las monarquías, en aquellas luchas de la guerra que desterraban el terror de un campo para arrojarlo en el otro y que hacian estallar en Alemania la tempestad que rugia sobre la Francia, ¡qué error tan grande era, repetimos, creer que tuviera bastante con aquel pasto su corazon en lugar del amor!

¡Oh! Su amor desde su salida de Argenton habia vivido oculto, pero sin que un dia, una hora ni un instante hubiera dejado de pensar en él, y ¡cosa extraña! desde que habia vuelto Jacobo á su casa, ni un segundo habia pensado en aquellas catástrofes, en medio de las que habia vivido y en las que habia representado y representaria un papel tan importante.

Como si no hubieran existido, se olvidó de Danton, Dumuriez Kellermann, Valmy, el rey de Prusia, Brunswick, la Montaña, la Gironda, del elocuente Vergniaud, la de santa Mad. Roland, de la esposa de Danton, la mártir; del repugnante Marat, que dejó en casa de Talma su inmundada huella; del rey, débil y prisionero en el Temple con su culpable esposa, sus dos inocentes hijos y su angelical her-

mana. ¿A dónde podría encontrar á Eva? Permanecer toda su vida en aquel jardin sin volver á oír hablar de reyes ni de príncipes, sin ver brillar las charreteras con los rayos del sol, ni la hoja de un sable; sin saber si existía otro mundo fuera de aquella casa, tal era la única felicidad que hubiera pedido á Dios si no hubiera colocado al Sér Supremo en sitio tan elevado que nuestros punzantes dolores y nuestras sublimes alegrías no pueden llegar hasta él.

Hemos descrito los sueños de aquel día, no trataremos de describir los de aquella noche.

El primer ruido que oyó en la casa Jacobo Merrey fué el de Antonio al abrir la puerta, dar en el suelo con el pié y decir:

—*¡Círculo de justicia! ¡Centro de verdad!*

Jacobo sintió verdadero placer al volver á ver al sér á quien habia devuelto un rayo de razon, ya que no hubiera podido devolvérsela por completo.

Después subió Bautista, al que reconoció por el ruido que hacia su pierna de palo al chocar contra los escalones.

Si Antonio le debía parte de su razon, el otro le era deudor de una parte de su cuerpo.

Eran dos hombres á los que si Jacobo Merrey hubiera dicho: «Morid por mí,» morirían sin preguntar por qué perdían la vida.

Además, todos los habitantes de Argenton estaban reunidos delante de la casa misteriosa; pero como sabían que el doctor volvía triste, habían desterrado la alegría que debía presidir el recibimiento.

Los electores deseaban dar las gracias á su representante porque habia cumplido dignamente.

En Argenton sabían cómo se condujo en Verdun, y tampoco ignoraban que en Prado Grande se habia batido valerosamente, y que tres banderas tomadas al enemigo las habia presentado en la Convencion.

También habian leído en los periódicos la muerte del señor de Charelet; fué poco sentida, porque sabían lo mal que se habia portado con Jacobo Merrey; pero, sin embargo, como no era un secreto el amor inmenso que sentía el doctor por Eva, aquella multitud,

aun cuando era vulgar, tuvo la delicadeza de no hablar ni del padre ni de la hija, limitándose á darle gracias y á rogarle que continuara en el porvenir ocupando su puesto tan fielmente como lo habia hecho hasta aquel día.

Pero todos anhelaban hablarle, escuchar una palabra suya, estrechar su mano y desearle toda felicidad. Si se hubieran atrevido, hubieran sembrado con flores y follaje la calle hasta el sitio en donde aguardaba la silla de posta.

Llegaron los caballos: cada cual abrió paso al escuchar el sonido de los cascabeles.

Al subir en el carruaje, Jacobo Merrey hizo una seña demostrando que tenia algo que decir.

Todos callaron.

—Amigos míos, dijo; vamos á entrar en un período de terribles luchas. Tal vez perderé la vida, pero jamás el honor; y no solo estareis satisfechos de haberme elegido, sino también orgullosos.

Si sucumbo, os recomiendo á mi anciana Marta y á mis dos amigos Antonio y Bautista, los únicos seres que se interesan por mí.

Después, al sentir que el carruaje se ponía en movimiento, dejó escapar el grito de su corazón:

—Si ella vuelve me avisareis, ¿no es verdad?

Y todas aquellas bocas, que esperaban aquella confidencia, todos aquellos corazones que se conmovían, exclamaron unánimemente:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Nadie habia nombrado á Eva; sin embargo, cada cual sabia que se trataba de la jóven.